

## CARLOS MONTÚFAR Y LARREA (1780-1816), EL QUITENO COMPAÑERO DE HUMBOLDT\*

POR

TEODORO HAMPE MARTÍNEZ

Universidad Católica de Lima

El hecho de que el barón Alexander von Humboldt financiara de su propio peculio todos los gastos de la famosa expedición o «viaje a las regiones equinociales del nuevo continente» (1799 a 1804) le permitió decidir, casi individualmente, la ruta, los instrumentos tecnológicos y sus acompañantes. Sólo Aimé Goujand, llamado Bonpland, el médico y botánico oriundo de La Rochela, fue su compañero permanente durante la integridad del viaje. En esta nota quisiera destacar la presencia de un tercer miembro de la expedición, unido a ambos europeos con ocasión de la visita que realizaron a la ciudad de Quito, doscientos años atrás, desde enero hasta junio de 1802.

### PERFILES BIOGRÁFICOS Y SOCIALES

Ese «tercer hombre» fue Carlos Montúfar y Larrea, criollo quiteño nacido hacia 1780 en el seno de una familia aristocrática y acomodada, como segundogénito de los marqueses de Selva Alegre. Montúfar, quien había seguido cursos de filosofía y humanidades en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, de su ciudad natal (graduándose como maestro en artes en 1800)<sup>1</sup>, acompañó voluntariamente a Humboldt y Bonpland en diversas exploraciones que hicieron por las montañas y volcanes de los alrededores de Quito. Pertenecía él a lo más rancio y mejor instruido de la nobleza criolla, como hijo de don Juan Pío Montúfar y La-

---

\* Una versión preliminar de este artículo se publicó en *El Comercio* (Lima), 10 de julio de 2002.

<sup>1</sup> Cf. Ekkehart KEEDING, *Das Zeitalter der Aufklärung in der Provinz Quito*, Köln/Wien, Böhlau, 1983, p. 338.

rea (1758-1818), segundo marqués de Selva Alegre, y de su prima Josefa Teresa de Larrea y Villavicencio<sup>2</sup>.

Gracias a la benevolencia de los Montúfar, el viajero alemán repartió los casi seis meses de su estadía en Quito entre la residencia solariega de la familia en la ciudad y su finca rústica del valle de los Chillos<sup>3</sup>. Para junio de 1802, su partida de esta comarca produjo sensaciones de desconsuelo y tristeza entre la multitud de amigos que los expedicionarios habían ganado. Uno de los más afectados fue el sabio novogranadino Francisco José de Caldas (1768-1816), cuya labor en el campo de la botánica, la astronomía y otras ciencias ya era muy notable a fines del siglo XVIII.

Aunque su primer encuentro personal con Humboldt había tenido lugar sólo unos cuantos meses antes, en la localidad de Ibarra, Caldas pronto adquirió el pleno respeto y admiración de su colega europeo, al orientar con certeza sus mediciones de las grandes alturas de los Andes. Se dice que el investigador criollo le entregó su mapa del Alto Magdalena, le confió una serie de observaciones que llevarían luego a la invención del hipsómetro, y efectuó una primera salida por los alrededores de Quito al lado de Humboldt. Este lo llenó de entusiastas y vigorosos elogios, que hicieron abrigar a Caldas la esperanza de proseguir junto con el barón la ruta por el antiguo camino de los incas<sup>4</sup>.

Pero el acompañante designado para continuar el viaje fue el joven Carlos Montúfar, un «adonis, ignorante, sin principios y disipado», subyugado probablemente por el envenenado aire de Quito, donde «no se respiran sino placeres...» (tal como lo describe Caldas en una furiosa carta, dirigida a su amigo José Celestino Mutis)<sup>5</sup>. En pocas palabras, el sabio novogranadino se quejaba amargamente

<sup>2</sup> Sobre los entronques matrimoniales de este linaje, sus bienes raíces y su decisiva participación en la lucha por la emancipación política de Quito, véase Christian BÜSCHGES, *Familie, Ehre und Macht. Konzept und soziale Wirklichkeit des Adels in der Stadt Quito während der späten Kolonialzeit (1765-1822)*, Stuttgart, Franz Steiner, 1996, pp. 228-235, 267-269 y 281-283.

<sup>3</sup> Cf. Christiana BORCHART de MORENO, «Alexander von Humboldt y la familia Montúfar», *El regreso de Humboldt (Exposición en el Museo de la Ciudad de Quito, junio-agosto de 2001)*, ed. Frank HOLL, Quito, Imprenta Mariscal, 2001, pp. 139-147.

<sup>4</sup> Jorge ARIAS de GREIFF, «Encuentro de Humboldt con la ciencia en la España americana: diálogos inesperados», en *Diálogo Científico* (Tübingen), vol. 8, 2, 1999, pp. 28-32, explica que —más allá de las iniciales muestras de simpatía— hubo una discrepancia de fondo entre ambos científicos respecto al método de relacionar altitudes con temperaturas.

<sup>5</sup> El 21 de abril de 1802 escribe Caldas: «¡Qué diferente es la conducta que el señor barón ha llevado en Santafé y Popayán de la que lleva en Quito! [...] Entra el barón en esta Babilonia, contrae por su desgracia amistad con unos jóvenes obscenos disolutos, le arrastran a las casas donde reina el amor impuro, se apodera esta pasión vergonzosa de su corazón y ciega a este joven sabio hasta un punto que no se puede creer». Dos meses después, el 21 de junio, escribe de nuevo a Mutis y le dice: «El señor barón de Humboldt partió de aquí el ocho del corriente con Mr. Bonpland y su adonis, que no le estorba para viajar como Caldas [...] Yo le amo, pero he sentido este desaire, que no curará con nada este sabio». Véase al respecto Santiago DÍAZ PIEDRAHITA, *Nueva aproximación*

por haber sido desplazado y atribuía el cambio de planes a una presunta relación sentimental entre Humboldt y Montúfar... Mucha tinta han gastado desde hace tiempo biógrafos e historiadores, examinando ese ácido contrapunteo entre el viajero berlinés y el naturalista criollo; pero es posible que nunca sepamos con certeza los factores que primaron en aquella compleja tesitura.

El hecho evidente es que los expedicionarios tomaron el camino de la sierra hacia el sur de Quito, por el callejón interandino, emprendiendo a su paso la ascensión del Chimborazo —considerado por entonces el punto montañoso más elevado del globo— y registrando diversos usos y costumbres y algunos vestigios de la civilización incaica en las provincias de Latacunga, Ambato, Riobamba, Cuenca y Loja<sup>6</sup>. El 1 de agosto de 1802, por el pequeño caserío de Lucarque, a orillas del río Calvas, en la sierra del actual departamento de Piura, entraron al territorio del virreinato del Perú. Posteriormente residieron por un lapso de dos meses (octubre a diciembre de 1802) en la ciudad de Lima.

#### EL DIARIO DE VIAJE DE MONTÚFAR

Para dicha de los investigadores contemporáneos, se ha conservado el original del diario del viaje de Quito a Lima que llevó Carlos Montúfar y Larrea. El manuscrito fue hallado por el erudito Marcos Jiménez de la Espada en una biblioteca española y dado a publicidad en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. XXV (1889). La pieza contiene interesantes observaciones sobre los pueblos y lugares que recorrió la tríada de viajeros, aunque está lamentablemente trunca, pues el relato queda suspendido a la altura del mineral de Hualgayoc, en Cajamarca<sup>7</sup>.

Aunque los apuntes que realiza nuestro personaje en dicho texto son bastante parcos y a veces superficiales, se trata sin duda de una fuente valiosa para conocer la realidad social y el paisaje de los Andes septentrionales en aquella época, por más que no haya merecido suficiente atención de parte de los especialistas. En complemento a las anotaciones que llevara el propio Alexander von Humboldt,<sup>8</sup> este testimonio nos acerca a las vivencias, anécdotas y padecimientos de

---

a Francisco José de Caldas: *episodios de su vida y de su actividad científica*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1997.

<sup>6</sup> Cf. Segundo E. MORENO YÁNEZ, «Humboldt y su comprensión de los pueblos indios andinos», en *El regreso de Humboldt* [4], pp. 151-159.

<sup>7</sup> Carlos MONTÚFAR, «Biaje de Quito a Lima de [...] con el barón de Humboldt y don Alexandro Bompland», *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. XXV, 1889, pp. 1-19. Las referencias a páginas entre corchetes que se ofrecen de aquí adelante, corresponden a esta fuente.

<sup>8</sup> Cf. Margot FAAK, ed., *Alexander von Humboldt. Reise auf dem Río Magdalena, durch die Anden und Mexiko*, 2 vols., Berlín, Akademie-Verlag, 1986-90, (Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung, 8/9).

la expedición que lideraba el científico-mecenas. Uno de los episodios más rescatables, por cierto, es el que narra su ascensión al volcán Chimborazo (23 de junio de 1802), a cuya cima Montúfar asigna una altitud de 3.309 toesas —unos 6.450 metros— y sobre la cual afirma orgullosamente: «En la mayor altura que estuvimos, y hasta donde no han estado hombres jamás, encontramos varias piedras quemadas...» [p. 8].

No menos valioso se hace este informe en virtud de sus referencias a la vida social de las poblaciones andinas. Por ejemplo, se anotan repetidamente los estragos causados en la región ecuatorial por el intenso terremoto del 4 de febrero de 1797, que causó gran destrucción de personas y bienes. Al situarse en el emplazamiento de la antigua villa de Riobamba, apunta Montúfar que «sucieron en este terremoto cosas increíbles», ya que la mayor parte de las casas mudaron de sitio y los edificios saltaron de unos lugares a otros [p. 5]. Todavía cinco años después del fenómeno, los viajeros contemplaban con horror los destrozos causados por la feroz naturaleza.

Pasando a la vertiente etnográfica, hallamos un par de menciones bastante curiosas (sobre todo para quienes somos nacidos al otro lado de la frontera ecuatoriano-peruana). Se trata de la identificación que hace Carlos Montúfar de lo *incaico*, o fundamento tradicional indígena, con lo *peruano*. Lo hace de manera enfática al observar que las mujeres de Quito vestían habitualmente «a la peruana», mientras los varones habían adoptado más bien el traje criollo, de impronta española [p. 2]. Y esto a pesar de que el Perú, como denominación de país, solamente surgió durante el primer tercio del siglo XVI, a partir de las expediciones de conquista de Francisco Pizarro y sus socios, y bien sabemos que el Tahuantinsuyu fue una entidad política de corta duración en el tiempo anterior<sup>9</sup>. Pero no caben dudas al recoger esta cita sobre los pobladores de la ciudad de Cuenca:

Las costumbres de sus gentes son ásperas y groseras; las mujeres usan aún el traje peruano antiguo, como las más provincias internas, que como faltan o carecen de comunicación con forasteros (y principalmente europeos) conservan siempre las antigüedades, el poco trato y trajes que llevaban sus mayores... [p. 11]

También son interesantes las noticias sobre ruinas monumentales de la era de dominación de los incas. Tal es el caso de la denominada fortaleza de Cañar, mejor conocida en la literatura arqueológica con el nombre de Ingapirca, la cual merece una minuciosa descripción de parte del viajero quiteño. Se habla de las características de su edificación, hecha en piedra finamente labrada, así como de las partes y los usos que tenía este monumento, y se dice que estaba ubicado en

---

<sup>9</sup> Cf María ROSTWOROWSKI de DIEZ CANSECO, *Historia del Tahuantinsuyu*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos & CONCYTEC, 1988, p. 96-98. Véase también Raúl PORRAS BARRENECHEA, *El nombre del Perú*, Lima, Tall. Gráfs. P.L. Villanueva, 1968, y Miguel MATICORENA, «El vasco Pascual de Andagoya, inventor del nombre de Perú», *Cielo Abierto* (Lima), n° 5, oct. 1979, pp. 38-42.

las cercanías de una casa de descanso para la alta nobleza, llamada en el texto Inga Chungana [p. 10-11]. Por otra parte, se esmera igualmente el autor en representar las cualidades del aposento conocido como los baños del Inca en el valle de Chulucanas (o más propiamente Caxas), cerca de Huancabamba, en la sierra del actual departamento de Piura<sup>10</sup>.

Por último, quisiera reparar en el firme y profundo interés que manifiesta nuestro cronista por el negocio y las virtudes curativas de la cascarilla u hoja del árbol de la quina. Las observaciones sobre este recurso medicinal —hecho famoso a principios del siglo XVII, como sabemos, al curar las calenturas de la virreina condesa de Chinchón<sup>11</sup>— se repiten en una serie de pasajes: al tratar sobre la provincia de Loja, «donde se extraen las mejores quininas que se conocen» y al exponer las cualidades de la flora en los pueblos de San Felipe y Jaén, de la región de selva alta de Bracamoros [p. 13, 16, 17]. Queda bien remarcado el hecho de que el comercio libre de este producto había sido prohibido en el marco de la política reformista de los Borbones, lo cual determinó un drástico recorte en los volúmenes de extracción y una baja en los precios del mercado, habiéndose pasado de 3 pesos por libra a sólo 20 reales (2,5 pesos) la arroba<sup>12</sup>. Veremos enseguida las implicaciones que tendría esta frecuente y detallada observación de Montúfar.

---

<sup>10</sup> Puede verse la extensa y entusiasta descripción que realiza de este mismo asentamiento Humboldt, Manuel VEGAS VÉLEZ, ed. *Humboldt en el Perú. Diario de Alejandro de Humboldt durante su permanencia en el Perú (agosto a diciembre de 1802)*, Piura, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1991, pp. 20-24.

Modernamente, la ciudadela inca de Chulucanas o Caxas, una especie de cabeza provincial en el esquema administrativo del Tahuantinsuyu, ha concitado la atención de etnohistoriadores, antropólogos y arqueólogos. Cf. Anne Marie HOCQUENGHEM, *Los guayacundos de Caxas y la sierra piurana (siglos XV y XVI)*. Piura: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado & Instituto Francés de Estudios Andinos, 1989, p. 24-25 y ss., y César ASTUHUAMÁN GONZALES, «Humboldt y la arquitectura inca», en *Runamanta* (Lima), n.º 1, dic. 1999, p. 134.

<sup>11</sup> Eduardo ESTRELLA, «Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina en el siglo XVIII», *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, ed. Marcos CUESTO. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 37-38.

<sup>12</sup> Dificultades propias de la naturaleza montañosa imponían constantes obstáculos a la comunicación de la provincia de Jaén con los centros administrativos del ámbito quiteño. Es por ello que la mayoría de sus recursos económicos, como la cascarilla, el tabaco, el cacao y el ganado vacuno, se destinaban a los mercados del espacio norperuano, formado en torno a Piura, Lambayeque, Trujillo y Cajamarca. Esta dinámica comercial sirvió como «levadura y fermento para que entre los habitantes criollos y mestizos se desarrollara un arraigado e imborrable sentimiento de peruanidad», según afirma Waldemar ESPINOZA SORIANO, *La fuerza de la verdad: historia de la peruanidad de Jaén de Bracamoros*, Lima, Banco Central de Reserva del Perú, 1994, p. 338.

## LA TRAYECTORIA DEL «AMADO AMIGO»

Montúfar acompañó a los ilustres europeos en sus posteriores navegaciones a Guayaquil y Acapulco, en sus intensos estudios del virreinato de Nueva España o México, en su escala en La Habana y en su visita a la joven democracia de los Estados Unidos de América, por entonces bajo el gobierno de Thomas Jefferson. Además, compartió con Humboldt y Bonpland la gloria de su celebrado retorno a París, y muy probablemente asistió —en diciembre de 1804— a la ceremonia de coronación de Napoleón. Tuvo oportunidad de trabar amistad por entonces con el prócer caraqueño Simón Bolívar. En la villa y corte de Madrid, adonde se mudó a comienzos del año siguiente (1805), Montúfar cursó estudios en la Real Academia de Nobles<sup>13</sup>.

Por cierto, hemos tenido oportunidad de ubicar en la Biblioteca Estatal de Berlín, dentro del legado personal de Alexander von Humboldt (adquirido de sus herederos, la familia von Heinz, en 1932), unas letras originales del aristócrata quiteño para este personaje. Se trata de una misiva fechada en Madrid el 8 de mayo de 1806, con una breve posdata de cuatro días más tarde, 12 de mayo<sup>14</sup>. Como se podrá ver por la transcripción que ofrecemos en apéndice, estas piezas no se refieren a las investigaciones naturalistas ni a los devaneos políticos que eran comunes a ambos personajes, comprometidos de todo corazón en la lucha contra las ataduras foráneas: el trasfondo de ambas misivas es básicamente económico.

En primer lugar, la carta transcrita expone a las claras el estado depresivo y desesperado en que se hallaba el noble criollo en la Península Ibérica, lejos de las comodidades que solía brindarle la vida en el seno de su familia. Además, queda en evidencia un relativo distanciamiento entre Carlos Montúfar y su mentor prusiano, a quien había seguido fielmente hasta el corazón de Europa, aunque sin demasiadas perspectivas de éxito o realización personal. Se queja el compañero quiteño del largo silencio a que le había reducido Humboldt y manifiesta, aun más, que casi había creído ser ciertos los rumores de que el barón había caído enfermo a su regreso a Berlín.

Sin embargo, también se deja entrever la probable motivación de Montúfar para trasladarse a la corte real de Madrid en plena situación de guerra al interior del Viejo Mundo. Hasta la fecha se había manejado —tal como lo hace uno de sus mejores biógrafos, Chiriboga Navarro— la noción de que el hijo de los marqueses de Selva Alegre llegó hasta la villa y corte del Manzanares para efectuar una formación militar en la Real Academia de Nobles, tal como le correspondía

---

<sup>13</sup> Cf. Angel Isaac CHIRIBOGA NAVARRO, «El coronel don Carlos Montúfar y Larrea: el héroe más auténtico y venerado de la patria ecuatoriana», *Museo Histórico* (Quito), n° 35/36, 1960, pp. 71-72.

<sup>14</sup> Staatsbibliothek zu Berlin, Handschriften-Abteilung, Nachlass Alexander von Humboldt [en adelante: SB Nachlass Humboldt], Gr. Kasten 2, Mappe 3, Nr. 94 (carta del 8 de mayo de 1806) y Nr. 95 (posdata del 12 de mayo).

por su rango y linaje<sup>15</sup>. Ahora, más bien, se puede conjeturar que el verdadero móvil de su estancia madrileña era conseguir una licencia especial para que su padre, don Juan Pío Montúfar, alcanzara el privilegio de comercializar en exclusiva las quinas de los Andes ecuatoriales.

Así lo parece indicar el detallado párrafo en que se habla sobre el proyecto que abrigaba el marqués de Selva Alegre de mudar su residencia a España. Lo que deseaba la familia, pues, era quebrar el monopolio estatal en el beneficio de la cascarilla (subsistente desde 1790, más o menos) y ganar para los Montúfar la posibilidad de obtener «utilidades grandísimas», dando explotación a las quinas de la región de Loja, cuyas bondades ya hemos comentado<sup>16</sup>.

De cualquier forma, la mayor parte de la carta de 1806 está destinada a resaltar las penurias económicas que pasaba el joven hispanoamericano en la Península. Dado que no llegaban las tan ansiadas remesas que su padre y su tío don Pedro Montúfar le habían prometido —por la suma de 5.000 pesos—, nuestro personaje debía resignarse a vivir modestamente a expensas del favor y del bolsillo de Alexander von Humboldt. Tan clamorosas como sus apelaciones al patrocinio del gran científico-mecenas, quien le había dejado 8.000 pesetas un año antes, al despedirse ambos en la ciudad de París, son sus declaraciones lisonjeras hacia el «amado amigo». Buscando quebrar su silencio y doblar a su favor las talegas del rico prusiano, no duda Carlos Montúfar en llamarle «mi padre, mi amigo y mi única esperanza»<sup>17</sup>...

## EPÍLOGO MORTAL

Al igual que varios otros líderes criollos de la Independencia hispanoamericana, durante su permanencia en España se vio comprometido nuestro personaje en la guerra contra la invasión de las fuerzas napoleónicas, a partir de 1808. Usando de sus capacidades militares recientemente adquiridas, sabemos que combatió en la batalla de Bailén, en el sitio de Zaragoza y en el encuentro de Somosierra, sobre la meseta castellana. No cabe duda de que sentía entonces un sincero ardor por la defensa de la «madre patria» y de su monarca en el exilio (el

<sup>15</sup> CHIRIBOGA NAVARRO, «El coronel don Carlos Montúfar y Larrea», [13], pp. 71-72.

<sup>16</sup> Cf. ESTRELLA, «Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina en el siglo XVIII», [12], p. 53-55. También el barón de Humboldt mostraba interés en las cualidades intrínsecas y el valor comercial de esta planta, tal como se observa en sus apuntes peruanistas recogidos por Estuardo NÚÑEZ, y Georg PETERSEN, *El Perú en la obra de Alejandro de Humboldt*, Lima, Librería Studium, 1971, pp. 32-34.

<sup>17</sup> Por cierto que la vinculación de la familia Montúfar con Humboldt se mantuvo a través de un sobrino de nuestro personaje, Carlos Aguirre y Montúfar (hijo de su hermana Rosa, prócer de la Independencia quiteña). Hemos ubicado por lo menos un escrito de Aguirre, *Rapport sur les observations météorologiques faites à Antisana* (impreso en 1851), dentro del legado personal del barón: SB Nachlass Humboldt, Gr. Kasten 12, Nr. 25.

deseado Fernando VII), distinguiéndose a tal punto que fue nombrado teniente coronel de los reales ejércitos e integrado al regimiento de Húsares de la Guardia.

Finalmente, en marzo de 1810, se embarcó en Cádiz para su regreso definitivo a América, llevando del Consejo de la Regencia el encargo de promover la formación de una junta de gobierno provincial —adicta al rey— en su natal ciudad de Quito. Pero al llegar a las costas del Caribe y tomar noticia de las revueltas y novedades que habían ocurrido con la primera junta tuitiva durante su ausencia, Montúfar decidió quebrar su compromiso de fidelidad con los Borbones, haciéndose un ardiente defensor de la causa emancipadora. Integrado al bando militar de su familia (bajo la cabeza del marqués de Selva Alegre, su padre, que tomó la presidencia de la junta de Quito)<sup>18</sup>, luchó en varios campos de batalla y llegó a ocupar por las armas la ciudad de Cuenca, en abril de 1812.

Eventualmente delatado por el bando de los «sanchistas» —representantes de otro clan de la nobleza quiteña, los Sánchez de Orellana—<sup>19</sup>, fue tomado prisionero y enviado al destierro a Panamá (1814). Carlos Montúfar logró escapar de la cárcel y se unió enseguida al ejército de Bolívar, acompañándolo en su triunfal ingreso a Santafé de Bogotá. En la continuación de su lucha, tuvo la mala fortuna de caer preso tras la derrota en Cuchilla del Tambo (a seis leguas de Popayán), siendo condenado a muerte y fusilado por los realistas en Buga, el 31 de julio de 1816. La agitada y heroica existencia de este personaje terminó así, a los 36 años de edad<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> Cf. Eric BEERMAN, «El marqués de Selva Alegre, héroe de la Independencia ecuatoriana», *Revista del Archivo Histórico del Guayas* (Guayaquil), n.º 18, dic. 1980, pp. 25-37.

<sup>19</sup> Los Sánchez de Orellana, marqueses de Villa Orellana, representaban el sector más radical dentro del patriciado criollo, al postular la inmediata separación política de España y la instauración de una república. Así lo manifiesta BÜSCHGES, *Familie, Ehre und Macht* [3], pp. 231-232.

<sup>20</sup> Noticias detalladas sobre la intervención militar de nuestro personaje y del bando «montufarista», en general, se pueden hallar en el trabajo de Neptalí ZÚÑIGA, *Juan Pío Montúfar y Larrea, primer presidente de América revolucionaria*, 2 vols., Quito, Tall. Gráfs. Nacionales, 1945.



## APÉNDICE

CARTA DE MONTÚFAR A HUMBOLDT (1806)<sup>21</sup>

Madrid, 8 de mayo de 806.

*Mi más caro amigo:*

*¡Qué largo silencio! Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de ver letra de V. ni saber de su salud hasta este correo que me ha escrito en fin Bonpland, y me dice no tiene V. novedad, pues aquí se dijo que hubiera estado V. malo. Tanto en esta época como en mil otras he escrito a V. y siempre sin tener contestación: no sé a qué atribuir el silencio que V. guarda.*

*En una que escribí a V. hace muchos meses le incluí una de mi padre (que es la última que aquí he recibido de América) en la que le hablaba a V. sobre su proyecto de venir a establecerse en España después de dejar entablado su comercio de quinas. No se lo repito a V. porque si las cartas han llegado a su poder, como lo creo, estará enterado de sus proyectos. Yo he respondido diciéndole mi parecer, y le anuncié el de V., pero como en tanto // tiempo nada he sabido de V. ni aun sé si ha recibido las cartas... El proyecto de las quinas dejaría utilidades grandísimas, pues no teniendo sino mi padre la permisión, y siendo las de Loja las mejores quinas (como V. sabe), serían las que tendrían más pronta salida aquí. Pero la guerra nos arruina y nos impide el ejecutar este cálculo, pues para ahora creo tendrá mucha parte encajonada y si la guerra (como es probable) dura mucho, se perderá todo. Espero me haga V. el favor de contestarme sobre este particular, para hacerlo yo a mi padre.*

*Por lo que hace a mí y mis asuntos, todos los días van peor. V. sabe que yo no traje aquí más que la libranza de los cinco mil duros contra Montoya. A éste no se le puede cobrar ni un real porque lo primero lo niega, y yo no tengo documentos para acreditarle la deuda; lo segundo, que aunque se le pruebe que debe, no tiene una peseta, y por consiguiente no puede pagar. Esta es, pues, mi amado amigo, la triste situación mía.*

*Un año y dos meses hace que estoy en Madrid, y si no hubiese sido por V. ya habría perecido. Cuando salí de París me dio V. ocho mil pesetas, de las que se gastaron dos mil en el camino. Por consiguiente quedaron seis mil, y en el estado de escasez y // carestía que está creo apenas alcanzará para subsistir un año pobremente. Del mayorazgo que daba trescientos duros ha venido una data y ha costado el quitar la ruina y pagar perjuicios a los arrendatarios lo que importa el arriendo de tres años. Así, lejos de cobrar, ha sido preciso pagar. Estas son mis rentas y con lo que mi padre hacía castillos en el aire.*

*¿Qué arbitrio he de tomar para existir sino recurro a la única persona que aquí es mi padre, mi amigo y mi única esperanza, cerrados todos los conductos de nuestra co-*

---

<sup>21</sup> En la transcripción de este documento se ha optado por modernizar la ortografía y puntuación y desarrollar la mayor parte de las abreviaturas.

*municación con la América? ¿Qué esperanza me queda sino en V.? Mi padre, como lo habrá visto en su carta, dice que mandaba tres mil duros en una libranza, pero aún no ha llegado. Juanito me dice que tío Pedro le había pedido una libranza contra su casa aquí y a mi favor de dos mil pesos, de modo que si llegasen serían cinco mil; pero, ¿cómo he de existir entretanto? Así pues, confiado en la libranza que me dio V. sobre Barcelona, di a Hervás para que me diese aquí el dinero y lo tomase allá. Lo hizo y ahora me devolvió la libranza diciéndome que no ha tenido aviso en Barcelona y que no pueden pagarle. Hervás me ha dicho que lo mismo da que sea en Berlín, pero cómo me ha de ... [ilegible] sin saber el estado de sus asuntos.*

*Está mi situación infeliz // de modo que si en todo este año no tengo auxilios de América, me voy a Cádiz y me embarco en el primer buque que salga para Cartagena, pues aquí nadie quiere libranzas contra América ni nadie tiene un real. Las tropas están sin pagar, los empleados del rey sin sueldos, todo aquí es miseria. Pongo a V. una cuentita de lo que se gasta viviendo con la mayor economía. En fin, no conociendo otra persona que aquí pueda dirigirme, espero me diga V. lo que yo debo hacer, pues aunque el Padre me dice siempre que no me olvida, todo es palabras y nada más. Aquí sin favor no se consigue nada, y con dinero hasta el virreinato de México, porque aquí todo se vende.*

*Adiós, mi más amado amigo. No olvide V. a quien es su verdadero amigo (y lo será).*  
— Carlos Montúfar [rubricado].

P.D. — Remito a V. la libranza de Gil.<sup>22</sup> Si por casualidad hubiese allá alguno que quisiese libranzas contra Cartagena o Lima, V. podría darlas contra mi padre, tomando el dinero aunque fuese con un veinte por ciento de pérdida, pues aquí no se halla ni con un treinta.

**(Original. SB Nachlass Humboldt, Gr. Kasten 2, Mappe 3, Nr. 94).**

Fecha de recepción: 7 de Agosto de 2002

Fecha de aceptación: 22 de Septiembre de 2002

---

<sup>22</sup> «Madrid, 12 de mayo de 806. — Sr. Barón de Humboldt. — Mi amado amigo: En este correo y el pasado dije a V. como había tomado mil pesos del Sr. Dn. José Hervás y los había librado a Barcelona al Sr. Gil, contra quien me había V. librado dicha cantidad; también incluí los documentos de la falta de pago de este señor. Así pues, mi estimado amigo, espero de su favor que pues no se ha verificado la letra contra Mr. Gil, entregue V. dicha cantidad al Sr. Dn. José Hervás, que ha tenido la bondad de allanarse a tomar allá en Berlín dicho dinero. — Este nuevo favor espera de V., para abonar o agregar a nuestra cuenta esta cantidad, su más atento amigo y servidor, Carlos Montúfar.» (SB Nachlass Humboldt, Gr. Kasten 2, Mappe 3, Nr. 95).